

KIM JONG IL

**ENALTECER AL GRAN COMPAÑERO
KIM IL SUNG ES EL MÁS SUBLIME
DEBER MORAL DE NUESTRO
PARTIDO Y PUEBLO**

¡TRABAJADORES DEL MUNDO ENTERO, UNÍOS!

KIM JONG IL

ENALTECER AL GRAN COMPAÑERO KIM IL SUNG ES EL MÁS SUBLIME DEBER MORAL DE NUESTRO PARTIDO Y PUEBLO

Conversación con altos funcionarios del Comité
Central del Partido del Trabajo de Corea
27 de octubre del año 88 de la era Juche (1999)

El próximo año celebraremos el 55 aniversario de la fundación del Partido, que se enorgullece de una historia de la revolución de Juche emprendida y conducida por el gran Líder y de la ininterrumpida continuidad de su causa revolucionaria.

En medio de la más crítica situación y pruebas sin precedentes que siguieron al fallecimiento del Líder, nuestro pueblo ha avanzado imperturbable por el único camino de la revolución, en fiel acato a su legado y a la orientación del Partido. Al rechazar todos los retos de la historia, hemos defendido nuestro socialismo y puesto de pleno manifiesto el poderío y la indestructibilidad de la patria. Se ha afianzado la trinchera político-ideológica de la revolución, consolidado incomparablemente el potencial militar del país y levantado un trampolín hacia un nuevo auge en la construcción económica. Con la efeméride a la vista, todo el pueblo se ha movilizado como un solo cuerpo en la edificación de una gran potencia socialista próspera, engalanando con proezas e innovaciones la nueva era de la revolución de Juche que el Partido le ha deparado.

Si bien hemos cosechado resonantes victorias y éxitos en el sagrado empeño por materializar el legado del Líder, quedan aún muchas tareas por cumplir y un sinuoso camino por andar. Todavía no hemos solventado satisfactoriamente el problema de los alimentos, la vestimenta y la vivienda, ni logrado la reunificación nacional. A toda hora pienso en cómo elevar el nivel de vida del pueblo, hacer más próspero y fuerte al país y aunar cuanto antes a la patria, asuntos de los que me ocupo más con la proximidad del significativo aniversario del Partido. Pero a mi parecer, algunos departamentos del CC del Partido trabajan sin tener bien claro mi propósito ni la finalidad de mis desvelos.

Recientemente, del Instituto de Historia del Partido me

elevaron una propuesta escrita para erigir una estatua en homenaje a mi 60 aniversario. Antes de devolverle el documento, dejé constancia de que “no lo permito”. A juzgar por el planteamiento de tal asunto, veo que los funcionarios no conocen bien mis intenciones.

Argumentaban que la estatua del Líder fue levantada en la colina Mansu, en ocasión de su sexagésimo cumpleaños. Pero esta fecha difiere de mi aniversario, tanto por la condición histórica como por las circunstancias del tiempo.

El nuestro fue un gran Líder del Estado y del pueblo que la nación vio nacer y ensalzó por primera vez en su historia de varios milenios. Empezó muy temprano el camino de la revolución y, con las armas en la mano, condujo al triunfo la guerra antijaponesa hasta devolver a la nación la patria arrebatada y construir en esta tierra un edén floreciente del pueblo, un Estado socialista que no depende de otros en su política, economía y defensa. Fue un destacado patriota y fundador de la Corea socialista que abrió para la patria y el pueblo una nueva era de prosperidad. Gracias a él, los coreanos, ahora libres de su condición de esclavos coloniales, recuperamos la dignidad y derechos como seres independientes, disfrutando de una auténtica libertad y felicidad. Por su gran idea, dirección y prestigio, el país se granjeó renombre mundial. Engrandecerlo y exaltar sus méritos constituyen el supremo deber moral de nuestro Partido y pueblo. Lamentablemente, antes de su 60 aniversario el único monumento que había en la parte céntrica de la ciudad de Pyongyang era el dedicado a la liberación, que se levantó para conmemorar este suceso y no para transmitir a la posteridad las hazañas del Líder. De ahí que con motivo de su aniversario nos dispusiéramos a erigir su estatua en la colina Mansu, reflejando la unánime voluntad y aspiración del pueblo. Nos encargamos personalmente de esta tarea, sin que él supiera nada de lo que

estábamos haciendo. Era sumamente lógico que procediéramos así, puesto que él era un gran Líder que había realizado sempiternas hazañas para la patria y la historia de la revolución coreana. Su estatua deviene sagrado símbolo de un eminente patriota, padre de la nación y fundador de la Corea socialista. Cada vez que se nos presenta alguna ocasión, sea una fiesta, un momento alegre o un suceso relevante de la vida, acudimos a su estatua para depositar ramos de flores y hacerle reverencia, cumpliendo de esta forma nuestro más sublime deber moral hacia él.

Sin embargo, mi cumpleaños es un caso distinto. Yo soy un soldado revolucionario que hereda su causa, preserva y hace valer sus méritos. En mi condición de soldado, asumo la histórica misión de ser fiel a su propósito de toda la vida: procurarle bienestar al pueblo, reintegrar a la patria y culminar la causa revolucionaria del Juche. Para materializar cabalmente el juramento que hice a su memoria, me quedan todavía muchos importantes quehaceres pendientes, como los referentes a la economía, la vida del pueblo y la reunificación. Y no puedo permitir que me levanten una estatua con motivo de mi 60 cumpleaños. No lo puedo consentir sin antes lograr la reintegración nacional, que fue el sueño dorado del Líder y el motivo de sus incansables esfuerzos.

No tengo ninguna aspiración al poder ni al cargo, sólo que deseo enaltecer al Líder y seguir siendo fiel a su causa. Tras su fallecimiento, muchos funcionarios y otras personas me plantearon sus pareceres y sugerencias sobre mi elección como Presidente de la República, pero no los acepté al considerarlos incoherentes con mi convicción y voluntad. A fin de rectificar la moral comunista mancillada por traidores, ambiciosos y conspiradores de la revolución en el movimiento comunista internacional e infundir en el pueblo la firme convicción de que

el Líder vive eternamente en nosotros, dispuse que modificaran el sistema de la estructura estatal y legalizaran que él es el único y eterno Presidente de la República. En el nuevo sistema asumí solamente el cargo de Presidente del Comité de Defensa Nacional, dejando a otro cuadro el de la administración estatal. Me parece que los funcionarios no comprenden perfectamente lo que pretende el Partido con la enmienda de la Constitución y la remodelación del mencionado sistema.

El sublime deber moral comunista, que nuestro Partido acata mediante el enaltecimiento al Líder y la lealtad a su causa, suscita admiración en el mundo y el enemigo no se atreve a censurarlo. Pero la incapacidad de los funcionarios al relacionar con el Líder el asunto de erigirme una estatua, me da a entender su concepto muy trivial sobre ese deber. Antes de plantear tal asunto, debieran reflexionar detenidamente si obrar así a los pocos años de fallecido el Líder sería una expresión de verdadera lealtad a su Dirigente y no perjudicaría en cierto modo las relaciones basadas en el deber moral comunista. Continuando la causa revolucionaria del Líder, todos mis pensamientos se dirigen a lograr la reunificación nacional y edificar en esta tierra una gran potencia próspera. No logro comprender por qué quieren erigir mi estatua, algo muy ajeno a lo que aspiro. Contraviene a mi propósito de heredar y llevar a feliz término la causa del Líder, con el deber moral comunista.

A mi modo de ver, sus pretensiones, lejos de formar parte de la ética comunista, no son más que la revelación de una concepción tan caduca como la de aquellos que abogan a favor de la celebración de los sesenta con un opíparo banquete. Además, resultan paradójicas, pues hace poco recordé a los funcionarios la definición que hizo el Líder: *disfrutar de la juventud a los sesenta años y celebrar la fiesta de los sesenta a los noventa años* y no acepté que festejaran mi aniversario, pues a mi edad

puedo seguir rindiendo a plenitud. También controlo para que no hagan películas sobre mí. No me parece necesario mientras me mantenga vigoroso y entusiasta.

Levantar mi estatua también choca con la fe anidada en el corazón del pueblo. El pueblo dice que soy la copia del Líder, en tanto que los poetas cantan la identidad de ambos. Si es así, lo lógico sería dejar que el pueblo siga pensando que me ve a mí viendo la estatua del Líder y que hace votos por mi salud al colocar ramos de flores al pie de la estatua del Líder y hacerle reverencia. No tienen por qué desviar esta tendencia levantando aparte mi estatua, que viene siendo como separarme del Líder en el alma del pueblo.

En lo que respecta al levantamiento de mi estatua, también nos compete tomar en debida consideración las comodidades del pueblo. Hemos acondicionado el Palacio Memorial Kumsusan como supremo lugar sagrado del Juche y conservado al Líder paternal como cuando estaba vivo, y erigimos las estatuas de este y de la madre Kim Jong Suk en distintos sitios significativos. Tanto en las fiestas nacionales como en otras importantes fechas conmemorativas, la gente acude a esos lugares para rendir tributo a los dos y jurarles fidelidad. Si se levanta mi estatua, tendrán un sitio más que visitar y se sentirán incómodos.

A mi parecer, algunos funcionarios piensan que es necesario dejar algo para la historia, como una estatua por mis sesenta años, lo cual considero menos importante que dejar hazañas. La historia de un gran hombre no resplandece por su estatua o monumento, sino por sus ideas y proezas. Quien se precie de ser un trabajador realmente fiel al Partido y al Líder, debería consagrarse de lleno a seguir la idea y la orientación del Partido y preservar y glorificar sus méritos, en vez de sugerir el levantamiento de una estatua. Hacer esto, sin cumplir con tal deber, es un pensamiento erróneo. Insisto en que no hay ninguna

necesidad de erigir mi estatua, ya que tenemos la de nuestro Líder desde la década de 1970.

Un revolucionario fiel al deber moral comunista me hará esa sugerencia no en un momento como este, sino cuando hayamos anticipado la reintegración nacional. Entonces todo será distinto. Si nosotros, en acato a la causa del Líder, logramos tal empresa, el mismo pueblo se encargará de levantar la estatua, sin que nadie se lo exija. Esto se ajusta al sentido moral comunista y nos sentiremos dignos ante el pueblo y orgullosos de la revolución que estamos haciendo.

Cierta vez se planteó levantar mi estatua en el monte Jangja, y es extraño el modo de pensar de nuestros funcionarios. El Jangja adquiere un carácter diferente al de Kosanjin, lugar de gran trascendencia histórica, pues en el período de la encarnizada Guerra de Liberación de la Patria el Líder proyectó y preparó allí la contraofensiva. No es un paraje donde yo haya desarrollado actividades revolucionarias o realizado algún mérito, sino donde estuve temporalmente durante la guerra siendo un niño. Como aclaré en un principio, parece que la propuesta se hizo sin ninguna consideración política.

Algunos se equivocan pensando que no la autorizo por guardar alguna relación conmigo. No tiene uno por qué mostrarse humilde sin miramiento alguno por lo que respecta a sí mismo. Ensalzar y seguir al líder es el problema fundamental que decide el destino de la revolución y que ha de ser resuelto, en todo caso, según sus exigencias y principios. La revolución necesita el centro de la unidad y triunfa solo al enaltecer a su dirigente, un dirigente destacado, y aglutinar en torno a él a las masas populares. No es que yo decline sin principios o trate de manera nihilista lo que me atañe, porque sí apruebo lo que la revolución me exige. Partiendo de este principio, no permití que erigieran mi estatua. Con motivo del 60 aniversario del Líder, Kim Jong Il

tuvo la iniciativa de levantar su estatua, y en ocasión de ese mismo aniversario de Kim Jong Il, ¿quién, si no nosotros, lo propondrá?, dicen algunos funcionarios como si fueran ellos quienes erigiesen mi estatua. He oído decir que también en el Ejército Popular algunos andan en esos trajines.

Ahora conduzco el proceso revolucionario y la labor de la construcción con mi propia fuerza, con mi propia aptitud. El Líder me aconsejaba no esperar que otros me ubiquen en un alto cargo, sino dirigir con mi propia capacidad al Partido y la revolución. Fiel a sus enseñanzas, durante más de 30 años, desde que inicié el trabajo en el CC del Partido, he conducido esta organización política y cuando nuestra revolución atravesaba dificultades, después del fallecimiento del Líder, recurrí al Ejército y el método de dirección de la revolución mediante Songun (priorizar los asuntos militares) para defender al país, la revolución y el socialismo. Aunque nuestra revolución sigue enfrentando rigurosas pruebas, nosotros, plétóricos de convicción y optimismo, nos empeñamos en construir una gran potencia socialista próspera. Incluso el imperialismo yanqui no se atreve con nosotros, porque marchamos imperturbable y resueltamente. Actualmente todo el mundo, sea quien fuere, alaba la singularidad de mi política y dirección que me han permitido aunar a los militares y civiles, lograr la unidad monolítica de las filas de la revolución e imprimir un nuevo ascenso a la revolución y su construcción aun en complejas situaciones, reconocimiento que prefiero a que me levanten una estatua.

Según me he informado, algunos insisten en no ponerme al tanto del levantamiento de mi estatua, alegando que es un asunto relacionado conmigo mismo: así no puede ser ni debe ser. Partiendo de las experiencias históricas de la revolución, intervengo más en problemas relacionados conmigo, sin pasarlos de largo, y exijo que obtengan mi autorización antes de

ejecutarlos, sean grandes o pequeños. Previendo la probabilidad de que se plantee algo como lo de mi estatua, presto especial atención a la Casa de Creación Mansudae y otras unidades que pueden tomar parte en tales asuntos. Hace tiempo que yo sé que ciertas personas le dieron a esa institución la tarea de esculpir mi estatua y quise hablar con respecto a ello. Han hecho muy mal al no informármelo. No lo pasaré por alto ni lo perdonaré jamás.

Sea quien sea, el que propone algo ajeno a mi voluntad es, a fin de cuentas, el que no sigue mi propósito. No es un compañero que se nos ha unido en la ardua lucha, sino una persona meramente práctica que no ha sido forjada en los principios revolucionarios. Ahora que procuramos realizar el legado del Líder en medio de la “Marcha Penosa” y la Forzada que tuvimos que efectuar a su fallecimiento, no deben intentar algo que contravenga mi voluntad, lejos de darme fuerza y apoyo.

Las relaciones entre el líder y sus subalternos no deben ser las del que manda y los que le obedecen, sino las de verdaderos compañeros, basadas en la fe revolucionaria y la obligación moral comunista. La palabra compañero se refiere a quien comparte la misma idea y el riesgo de la muerte en el camino de la revolución. Cuando decimos que las relaciones entre el mandatario y sus inferiores han de ser las de compañeros, estamos hablando de unas relaciones muy estrechas en las que los segundos apoyan de corazón al primero y piensan y actúan según su voluntad. Para llevar a cabo la causa revolucionaria del Líder, es indispensable seguir el propósito de su sucesor. Si van a enaltecer al líder, deben seguir la ideología y el propósito de ese líder político, y no seguirlo teniéndolo por un líder institucional, a quien se debe obediencia por el cargo que ocupa. Enaltecerlo como a un líder institucional revela la falta de sinceridad y no pasa de ser un formalismo, tendencia que no me ha gustado nunca. Los funcionarios, en lugar de guardar formalismos o

protocolos, apoyarán y seguirán de corazón al líder, sin ningún interés personal ni hipocresía. Decir que apoya al líder, pero actuar en desacuerdo con su ideología, afirmar que implementa las orientaciones del Partido para luego obstaculizarlo y desprestigiar al Partido, y así por el estilo, son fenómenos que se relacionan con la actitud hipócrita e impura de los funcionarios respecto al dirigente.

Todos ellos, siempre con una firme confianza en la revolución y una conciencia inmaculada, deben profesar absoluta veneración a su dirigente, seguirlo y defenderlo de corazón. Pensarán conforme a su ideología y voluntad, hablarán lo mismo que él y coordinarán la acción con él. Quien le es verdaderamente fiel aprueba lo que él aprueba, desaprueba lo que él desaprueba y hace exactamente lo que él dicta. Consideraré como compañero revolucionario capaz de compartir la misma idea y el riesgo de la muerte a aquel que me ayude realmente cumpliendo las tareas con responsabilidad y sustancialmente, en acato a mi idea y orientación, y que se limite a escribirme una misiva de felicitación por mi sexagésimo aniversario.

A diferencia de ciertas personas que andan atareadas por lo de mi estatua, yo pienso levantar un magnífico monumento a la juventud. Nuestra revolución dio sus primeros pasos por jóvenes comunistas al mando del Líder y en cada uno de sus períodos y etapas los jóvenes desempeñaron un importante papel. Fueron ellos quienes a inicios de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa ensalzaron al Líder como Lucero de Corea y se pusieron al frente de la construcción de un nuevo país. De ellos emergieron Ri Su Bok y otros héroes de la Guerra de Liberación de la Patria. También fueron los jóvenes quienes en la posguerra terminaron en tan corto tiempo el tendido de la línea de ferrocarril Haeju-Hasong y quienes desempeñaron un rol trascendental en la transformación del hombre en el Movimiento por la Brigada

Chollima, cuyos pioneros fueron Kil Hwak Sil y Ri Sin Ja. Son ellos quienes hoy se encargan de la defensa del país, las importantes obras de construcción y otras tareas que exigen gran sacrificio. Vivimos momentos difíciles de gran escasez, pero ellos abren la carretera Pyongyang-Nampho, una creación monumental, cargando a costas tierras y piedras. Son verdaderamente excelentes y para ellos no debemos escatimar nada. Nuestro Partido confía plenamente en ellos y consagra gran fuerza al desarrollo de su movimiento. Ya que debo hacer la revolución con ellos, procuro beneficiarles en lo que pueda, hasta donde alcance mi fuerza. Por eso, estos días pienso mucho en dónde levantar un monumento a la juventud, proyecto que sin duda contará con el respaldo de toda la población.

Antes que nadie, los altos cuadros del CC del Partido deben tener una correcta comprensión del asunto de mi estatua y educar bien al resto. Tratarán tanto esta cuestión como otras con la sincera lealtad hacia el líder y de acuerdo con su ideología y voluntad.